

Sustentabilidad y calidad de vida

CIUDADES 51, julio-septiembre de 2001, RNIU, Puebla, México

*Haydea Izazola**

El discurso del desarrollo sustentable, especialmente a raíz de la Cumbre de Río de 1992, se convirtió en el paradigma y en la meta a alcanzar por toda política de desarrollo económico y social. Sin embargo, su ambigüedad conceptual y las dificultades para alcanzarlo han puesto de manifiesto el predominio de su carácter discursivo frente a su capacidad real de transformar las bases mismas del modelo de desarrollo económico y social prevaiente.

En el presente documento presentaré, por un lado, algunas reflexiones sobre la relación entre las distintas dimensiones involucradas en el concepto de desarrollo sustentable, y la dificultad de formalizarlas en indicadores confiables. Haré especial énfasis en las dificultades en torno a la determinación de las necesidades de la población. Posteriormente abordaré la posibilidad de incorporar la calidad de vida desde la perspectiva de los sujetos, como un concepto integrador del desarrollo sustentable, buscando aprehender los sentidos y significados de las prácticas cotidianas que los sujetos desarrollan para satisfacer sus necesidades y su relación con el medio ambiente.

El desarrollo sustentable. Un concepto limitado

La preocupación por la calidad ambiental y la propuesta del desarrollo sustentable emergen frente a las manifestaciones del deterioro ambiental del modelo de desarrollo económico basado en la producción industrial y la sociedad de consumo a gran escala. Desde mediados del siglo XX, una serie de eventos vinculados a la presencia de contaminantes en el aire, agua y suelo, que afectaron gravemente la salud de la población, dieron lugar a una serie de manifestaciones de la sociedad civil que desembocó en la legitimación de la protección del medio ambiente desde fines de la década de los sesenta y que culminaron en la Cumbre de Río de 1992, en donde se adoptaron acuerdos para alcanzar el desarrollo sustentable.

* Departamento Métodos y Sistemas. CYAD, UAM-Xochimilco. Correo electrónico: hizazola@cueyatl.uam.mx

De manera muy sintética y de acuerdo con la Comisión Brundtland (1987), "el desarrollo sustentable es el desarrollo que satisface las necesidades sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades" (p. 43). Este concepto vincula tres dimensiones principales de la realidad social. Se trata de la dimensión material, de la dimensión temporal –al hacer referencia a las generaciones presentes y futuras–, y por último la dimensión ética, en la que se busca lograr la equidad tanto intra como intergeneracional.

En cuanto a la dimensión material, el desarrollo sustentable incorpora, a su vez, dos vertientes fundamentales: por un lado, las necesidades de la población, principalmente las esenciales o básicas, y por el otro, los límites impuestos por el desarrollo de la tecnología y la organización social sobre el medio ambiente para hacer frente a estas necesidades (WCED, 1987).

Ambas ideas se encuentran determinadas por múltiples diversidades, que contribuyen a una situación de incertidumbre en cuanto a las posibilidades reales de sustentabilidad del desarrollo. Por un lado, la diversidad ecológica del planeta dista de haber sido cabalmente conocida y comprendida, y en consecuencia, aún se desconoce la capacidad real de la naturaleza para hacer frente a las demandas de la población. Por otro lado, la diversidad demográfica, cultural, social, económica y política de la población influye en la determinación de las necesidades básicas de la especie humana, por lo que su conocimiento adecuado también es muy limitado.

La incertidumbre prevaiente

En cuanto al primer tipo de incertidumbre, conviene mencionar que tan sólo ha sido documentada científicamente una mínima parte de las especies existentes en el planeta. Alrededor de tan sólo 10% de los 13 millones estimados de especies se conoce científicamente (UNEP, 2000; Morell, 1999). Menos aún conocemos sus interacciones, sus reacciones físico-químicas, sus estrategias adaptativas, sus procesos evolutivos, etc. No obstante el conocimiento reciente sobre algu-

nos fenómenos globales, como el cambio climático o la disminución de la capa de ozono, permanece ignorada una gran parte de las interacciones de los componentes naturales del planeta. Ante esta incertidumbre, ¿está la especie humana en condiciones de saber si, en efecto, sus actividades están poniendo en riesgo la capacidad de la naturaleza para satisfacer las necesidades presentes y futuras?

Sobre las necesidades de la población

En cuanto a las necesidades de la población, no es ninguna novedad el debate sobre cuáles deben considerarse como básicas. Ya los economistas clásicos incluían la alimentación, la vivienda, el vestido y el combustible. En la actualidad, el acceso a los servicios de salud, educación y empleo representan necesidades igualmente importantes, que deben ser consideradas en la discusión sobre la sustentabilidad del desarrollo, especialmente en las estimaciones de la capacidad de la naturaleza para hacerles frente, por su carácter mediador para la satisfacción de las necesidades. Sin embargo, en algo tan básico como la alimentación, nos enfrentamos a múltiples dificultades para estimar la capacidad real de la naturaleza para proporcionar nutrientes suficientes para la población. Existen determinantes netamente genéticas y biológicas, como la masa corporal o la raza, o bien demográficas, como la edad y el sexo, que en el caso de la alimentación pueden influir en los diferenciales de necesidades en términos de nutrientes y, en consecuencia, en las estimaciones sobre su disponibilidad presente y futura. No obstante, desde fines del siglo XIX se han realizado cálculos de la capacidad de la Tierra para satisfacer las necesidades alimenticias de la población, y como se muestra en el cuadro 1, varían ampliamente.

La variación en estas estimaciones responde fundamentalmente a los métodos empleados, los supuestos considerados y las escalas temporales y espaciales utilizadas, así como al insuficiente conocimiento de cómo funcionan los ecosis-

temas y de las relaciones entre sus distintos componentes. Además, intervienen diversas fuentes de incertidumbre, que de acuerdo con Smil (1994) radican en:

- a) La insuficiente información sobre la disponibilidad real de alimentos.
- b) Las dificultades en la conversión de valores de masa de alimentos en equivalentes de energía y el cálculo del contenido nutricional.
- c) La falta de correspondencia entre la información sobre disponibilidad de alimentos y su consumo real per cápita promedio.
- d) El desconocimiento de la ingesta real de la mayor parte de la población y la imposibilidad de conocerla.
- e) El carácter limitado de las recomendaciones internacionales de consumo de proteínas y calorías, afectadas por la conversión eficiente de energía entre sociedades, por las fluctuaciones estacionales de la dieta y por una gran variedad de factores genéticos y ambientales que controlan el proceso de adaptación. Por lo tanto, no son útiles para estimar la prevalencia de desnutrición contrastando la oferta de alimentos con las recomendaciones.

Por otro lado, y de acuerdo con el mismo autor, las fuentes de información directa acerca de la superficie de tierra agrícola generalmente subestiman el área cultivada con base en datos del uso del suelo; la información sobre producción de cultivos anuales y perennes también es deficiente, habiéndose calculado que los errores pueden representar entre 20% y 25% de la producción real. Otro aspecto que afecta la calidad de las estimaciones radica en la insuficiente información sobre las pérdidas en las distintas fases de los procesos productivos. Y por último, la falta de conocimiento sobre los nutrientes, especialmente en países en donde el consumo de plantas y animales silvestres es práctica común.

En tal virtud, "la cuestión central radica no sólo en cuántos son los requerimientos de alimentos para la población, sino para qué y en qué contexto, lo que lleva a considerar el tema en un campo más amplio y menos cuantificable: el de las preferencias culturales y las expectativas sociales" (Smil, 1994:264). Heilig (1993), a su vez, advierte que los elementos económicos, políticos, sociales y culturales tienen una mayor influencia en la determinación de la capacidad de carga del planeta que la mera productividad.

Actualmente la población mundial supera los 6 100 millones de habitantes, y a pesar de las limitaciones mencionadas, la producción de alimentos supera los requerimientos diarios de nutrientes para toda la población e incluso ha superado su crecimiento.

A pesar de ello, se estima que 2 000 millones de personas (la tercera parte de la población mundial) sufren de desnutrición y deficiencias nutricionales, de los cuales 840 millones están crónicamente desnutridos. En contraste, en los países desarrollados, la obesidad, ocasionada por una alimentación excesiva, se ha convertido en un problema de salud pública.

Cuadro 1
Estimaciones de la capacidad de carga del planeta con base en la producción de alimentos

<i>Año de estimación</i>	<i>Autor</i>	<i>Población (millones)</i>
1891	Ravenstein	Menos de 6 000
1902	Pfaunder	11 000
1945	Pearson y Harper	Entre 902 y 2 800
1954	Brown	15 000
1962	Baade	30 000
1966	Zierhoffer	41 000
1967	Clark	Entre 40 000 y 147 000
1968	Ehrlich	Menos de 3 500
1975	Buringh et al.	5 300
1976	Revelle	40 000
1981	Simon	No existe límite
1983	FAO	Entre 3 900 y 32 400
1994	Smil	Entre 10 000 y 11 000
2000	Meadows	Entre 7 700 y 8 000

FUENTE: Smil (1994) y Heilig (1993).

Smil (*op. cit.*) considera que la capacidad actual del planeta para proporcionar alimentos a la población humana es suficiente, incluso para dar sustento a 8 500 millones de habitantes, siempre y cuando se racionalice el uso de los insumos, principalmente de fertilizantes y agua; se disminuya el desperdicio en las distintas fases del proceso productivo; se modifiquen las dietas intensivas en proteínas animales, y principalmente se distribuyan de una manera más equitativa los alimentos. Con mejoras tecnológicas disponibles y la ampliación de la frontera agrícola, esta capacidad podría ampliarse hasta cubrir las necesidades de alrededor de 11 000 millones de habitantes en el ámbito mundial.¹

Como podemos apreciar, estimar la capacidad de la Tierra para satisfacer las necesidades de la población no es tarea fácil, al menos en el caso de la alimentación, necesidad básica por excelencia. Si a nuestras estimaciones agregamos otras necesidades básicas, como la vivienda, la salud, el vestido, la educación, etc., los obstáculos parecen insuperables. Pero además, las necesidades de la población no se restringen a estas dimensiones; en la medida en que las sociedades se hacen más complejas se incorporan nuevos requerimientos a las necesidades básicas socialmente determinadas, que muchas veces exceden la dimensión material. Se trata, por ejemplo, de la participación de los individuos en la toma de decisiones que afectan a la sociedad, de la autoestima, el tiempo libre, etc.

Pasando ahora a las otras dos dimensiones identificadas en el concepto de desarrollo sustentable, es decir, la temporalidad y la equidad, al igual que en el caso de los alimentos, nos enfrentamos a múltiples incertidumbres. En primer lugar, la dinámica demográfica futura es muy difícil de proyectar adecuadamente, a pesar de los desarrollos metodoló-

gicos que se han realizado en los últimos años y a una mayor calidad de la información sobre la población mundial. Las evaluaciones periódicas de las proyecciones de población realizadas por Naciones Unidas apuntan a la importancia de revisarlas constantemente, debido a que múltiples fenómenos sociales, económicos, políticos y culturales no se pueden prever con suficiente anticipación. Resalta la mayor mortalidad en países del ex bloque socialista y en África por el SIDA, o bien, la mayor reducción de la fecundidad en los países latinoamericanos, y la menor en algunos países africanos. El caso de los últimos censos mexicanos también confirma esta inquietud, principalmente para la ciudad de México.

Volviendo a las estimaciones de la capacidad de carga del planeta en el futuro, conviene destacar que además hay que poder proyectar cómo se transformarán las necesidades de la población a mediano y largo plazos; por ejemplo, en el siglo XX las transformaciones, tan sólo en términos de la movilidad cotidiana de la población gracias al automóvil, tuvieron un impacto ambiental que nadie pudo prever. Para ello es indispensable considerar las posibles transformaciones económicas, sociales, políticas y culturales que determinarán las necesidades futuras y sus satisfactores, así como los futuros mecanismos de acceso, uso y control de los recursos naturales, y sus impactos ambientales, demográficos, sociales, políticos y culturales. Pero también habría que anticipar los desarrollos tecnológicos que seguramente ampliarán la productividad de los ecosistemas estratégicos, y a su vez podrían tener efectos tanto positivos como negativos en el medio ambiente. Nos preguntamos: ¿está la sociedad actual en condiciones de estimar la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades?



José Manuel Valenzuela Arce. Nuestros piensos. Culturas populares en la frontera México-Estados Unidos, Dirección General de Culturas Populares, 1998.

Las culturas populares en el norte de México se han conformado en procesos de recreación cultural asociados con la dimensión sincrética que les otorgó la inmigración y la colindancia con Estados Unidos. El sello cultural de experiencias provenientes de muchas partes del país influye de manera considerable en las expresiones de las culturas populares norteamericanas. Las ciudades fronterizas, fuertemente urbanizadas, también exhiben rasgos conspicuos de la transición rural/urbana con sus transformaciones vitales y simbólicas. En las definiciones de los umbrales populares participan nuevos referentes y formas de construcción sociocultural de los espacios, así como los cambios ocurridos en la estructuración familiar y de género y las delimitaciones socioeconómicas. Los mitos, leyendas y narraciones tradicionales se recrean pero sin desaparecer del todo. Por ello, podemos identificar cambios importantes en la definición de

los parámetros desde los cuales se construye lo popular como expresión de las conformaciones de prácticas y sentidos diferentes de los marcos oficiales, dominantes o institucionalizados. En el norte mexicano, particularmente en su región fronteriza, lo anglosajón se ha presentado erróneamente como una marca omnimoda que define al conjunto de las interacciones culturales que ahí se construyen. Sin embargo, los procesos culturales y los límites entre lo popular y lo no popular se inscriben en variados ámbitos de interacción sociocultural en donde el México de afuera tiene una participación relevante.

La dimensión ética del desarrollo sustentable, como mencionamos anteriormente, supone la equidad intra e intergeneracional. Éste ha sido el objetivo fundamental, al menos en el discurso, de todas las políticas de desarrollo. Sin embargo, sólo algunos pocos países lo han logrado, y en las últimas décadas, a la par que la preocupación por el deterioro ambiental planetario y su legitimación en el ámbito internacional, en la esfera económica y social también se estaban discutiendo los caminos para alcanzar la equidad intra e intergeneracional. Entre ellos se supuso que la globalización y el "libre" mercado podrían ser los mecanismos fundamentales para corregir las distorsiones que la actuación de los estados había tenido en las finanzas públicas, y que en consecuencia habían conducido a la insuficiencia de recursos para atender las demandas sociales de la población.

A pesar de que este discurso ya lleva algunas décadas guiando las políticas de desarrollo del mundo en su conjunto, las evaluaciones recientes sugieren que las desigualdades en el acceso, uso y control de los recursos de todo tipo no sólo no se han superado, sino que incluso se han profundizado. Manifestaciones de estos procesos son las vergonzosas cifras de pobres en todos los países en desarrollo, pero también su resurgimiento en países desarrollados y en los del ex bloque soviético (PNUD, 1998).

Como ejemplo del acceso diferencial de los recursos me gustaría citar las cifras que menciona el Informe del Desarrollo Humano de 1998, dedicado a la pobreza:

De los 4 400 millones de habitantes que tenía el mundo en desarrollo en ese año, casi 60% carecía de saneamiento básico; alrededor de 30% no tenía acceso a agua limpia; 25% no contaba con una vivienda adecuada; alrededor de 20% no tenía acceso a una dieta balanceada y carecía de servicios de salud modernos.

En contraparte, el 20% más rico de la población mundial:

- Consumía 45% de toda la carne y el pescado, mientras que el 20% más pobre consumía sólo 5% del total mundial.
- Consumía casi 60% del total de la energía, y el 20% más pobre, menos de 4%.
- Consumía 84% de todo el papel, y el 20% más pobre 1%.
- Poseía 87% de la flota mundial de vehículos, y el 20% más pobre, menos de 1%.
- Tenía 74% de todas las líneas telefónicas, y el 20% más pobre 1.5%.

En México, a pesar de los intensos debates sobre la mejor forma de medir la pobreza e identificar a los pobres, como población objetivo de los tan en boga programas focalizados, algunas versiones oficiales señalan que 58% de la población total puede ser considerada como pobre. El 17% vive en condiciones de pobreza extrema, 15% no tiene satisfechas tres o más necesidades (vivienda precaria, insuficiente escolaridad, problemas de acceso a servicios de salud) y 26% carece de ingresos suficientes o tiene necesidades insatisfechas.²

Estas desigualdades, tanto en el ámbito nacional como mundial, reflejan la falta de satisfacción de las necesidades

más básicas de la población de las actuales generaciones, frente al derroche de recursos por parte de una pequeña proporción de la población mundial. ¿Podemos suponer que en el futuro la situación cambiará? Quizás los compromisos asumidos por los gobiernos del mundo en vistas a alcanzar el desarrollo sustentable, y que se han reforzado desde 1992, contribuyan a un menor deterioro de los recursos naturales, pero nada garantiza que las causas estructurales de la desigualdad en el acceso, uso y control de los recursos permitirán la satisfacción de las necesidades básicas de la población, tanto en el ámbito local como en el regional o el global.

En general, estas fuentes de incertidumbre nos advierten acerca de lo limitado del concepto de desarrollo sustentable y las posibilidades reales de alcanzarlo. Sin embargo, como mencionábamos antes, se ha convertido en el paradigma de y en el discurso dominante de múltiples políticas de desarrollo. En este contexto, incluso se han realizado múltiples esfuerzos para medir la sustentabilidad, entre los que destacan los indicadores de la OCDE (1998) y, más recientemente, los de México (INEGI, 2000). Estos incorporan una serie de medidas basadas en el enfoque de estado/presión/respuesta, que dan prioridad a la dimensión material del desarrollo sustentable, y dentro de ésta a la ambiental. La integración de las tres dimensiones a que hemos hecho referencia, a mi juicio, está lejos de lograrse. Específicamente, la dimensión poblacional, que debería ser el centro de las preocupaciones por la sustentabilidad —y recordamos la insistencia por estimar la capacidad de carga del planeta—, en el mejor de los casos aparece como referencia a mi juicio marginal, al presentar los indicadores a nivel per cápita —o bien de manera aislada—, en indicadores netamente demográficos, como la esperanza de vida al nacimiento, la mortalidad infantil, la densidad de población o el índice de dependencia en el ámbito nacional, regional o global. La relación entre deterioro ambiental y satisfacción de necesidades o calidad de vida, o la exposición de la población a determinados contaminantes, o incluso la identificación de regiones ambientalmente riesgosas con los indicadores demográficos, no aparece en el universo de estos indicadores.

Si bien se trata de importantes esfuerzos iniciales para dar cuenta de una problemática recientemente legitimada internacionalmente, la conexión entre las distintas dimensiones del concepto de desarrollo sustentable aún se encuentra ausente.

Los indicadores de sustentabilidad no parecen reflejar adecuadamente la satisfacción de necesidades de las generaciones presentes ni de las futuras. Tampoco incorporan aspectos como la capacidad adaptativa de la población y de los ecosistemas, que podrían contribuir a proyectar escenarios en relación con los objetivos del desarrollo sustentable. El enfoque de estado/presión/respuesta, que pretende captar la especificidad de los procesos que están dando lugar a una determinada situación ambiental, sin embargo, resulta insuficiente, pues aborda principalmente la manifestación de los problemas que en ocasiones se confunden con las causas. La complejidad ambiental, en el mejor de los casos, queda sugerida mas no reflejada en la serie de indicadores.

Con base en lo anterior, y ante las incertidumbres a que hemos venido haciendo referencia sobre las distintas dimensiones del desarrollo sustentable, nos preguntamos: ¿es posible pensar que están dadas las condiciones para lograr sus objetivos? ¿Se trata solamente de un discurso renovado sobre el modelo de desarrollo prevaleciente? ¿Por qué la población se reduce a su ritmo de crecimiento, su densidad y al índice de dependencia? ¿En dónde quedan sus necesidades? Sorprende la ausencia de aspectos relacionados con la salud de la población expuesta a ambientes deteriorados, siendo que ésta ha sido una relación privilegiada al estudiar los impactos del deterioro en la población humana, así como las posibles respuestas migratorias frente a emergencias ambientales.

Por tales motivos, considero que las aproximaciones de tipo general a través de indicadores cuantitativos gruesos, son insuficientes para abordar la situación que guarda el estado del medio ambiente y su relación con las generaciones presentes y futuras, pero principalmente sus causas e interconexiones. Un camino complementario que podría contribuir a entender la dinámica de la estrecha relación entre la satisfacción de las necesidades y la calidad del medio ambiente es aproximarnos a la manera en que los individuos viven y explican su existencia, y no me refiero precisamente a la mera vinculación de indicadores ambientales gruesos a nivel global, regional o nacional, con el tamaño de la población, su ritmo de crecimiento, su densidad y a una aproximación de la estructura por edades. Estos elementos, sin duda, son útiles para dar cuenta de grandes tendencias, aunque sólo nos sirven para contextualizar una situación más amplia en la que habría que ubicar la manera en que los sujetos se relacionan con el medio ambiente.

Conocerla requiere interpretar el sentido y significado que la población atribuye a sus prácticas cotidianas conducentes a satisfacer sus necesidades y su relación con el medio ambiente, a la luz de las transformaciones sociales, económicas, culturales y políticas que ha vivido a lo largo de su vida.

No intento negar la utilidad de los indicadores macro para conocer algunas relaciones que afectan la calidad del medio ambiente, sino demostrar la necesidad de complementarlos con aproximaciones que permitan interpretar cómo la población determina cuáles son sus necesidades básicas, cómo las satisface, qué repercusiones tienen sus prácticas cotidianas en las condiciones ambientales, así como para entender el sentir de la población y sus reacciones ante determinadas situaciones ambientales. Se trata de aproximaciones sin duda complementarias al conocimiento de la situación que guardan las generaciones presentes, y que nos pueden dar luz acerca de la evolución que han tenido sus relaciones con el medio ambiente, aspectos relevantes que además pueden ayudar en la anticipación de escenarios futuros.

En este esfuerzo debe incorporarse no sólo la dimensión material de las necesidades básicas de la población, sino también las dimensiones psicosociales y afectivas, que permitirán interpretar los sentidos y significados de las acciones de los sujetos a la luz de su calidad de vida y de su medio ambiente.

La calidad de vida

En la definición mexicana de desarrollo sustentable, un aspecto central lo representa la calidad de vida de la población. La *Ley general del equilibrio ecológico y la protección al ambiente* (artículo 3º, inciso XI) se le define como:

“El proceso evaluable mediante criterios e indicadores de carácter ambiental, económico y social que tiende a mejorar la *calidad de vida* y la productividad de las personas, que se funda en medidas apropiadas de preservación del equilibrio ecológico, protección del ambiente, aprovechamiento de recursos naturales, de manera que no se comprometa la satisfacción de las necesidades de las futuras generaciones.”

El concepto de calidad de vida, que de acuerdo con Leff (1999) se encuentra en el centro de la propuesta del desarrollo sustentable, surge ante la preocupación por manifestaciones de deterioro social en países desarrollados que supuestamente habían logrado con éxito satisfacer las necesidades básicas de la población. Según Palomino y López (1999), los partidos socialdemócratas de la Europa Occidental iniciaron el debate en torno a la contradicción entre la satisfacción de las necesidades materiales y las necesidades no materiales que estaban dando lugar a fenómenos como la drogadicción, incremento en la tasa de suicidios, etc., que ponían en evidencia la crisis del modelo de desarrollo basado en la atención exclusiva a la dimensión material de las necesidades.

Al igual que en el caso de la cuestión ambiental, surgieron propuestas de indicadores que reflejaran la calidad de vida de la población. Estos abarcan indicadores netamente demográficos, como la esperanza de vida al nacimiento y la mortalidad infantil, junto con indicadores socioeconómicos como el ingreso per cápita y la escolaridad de la población, en el ámbito global y nacional. Estos indicadores han sido aceptados como reflejo de las condiciones de vida de la población y se han usado como medidas del desarrollo; específicamente se incluyen en el Índice de Desarrollo Humano (IDH) propuesto por las Naciones Unidas. Desde 1990, este índice incorpora cada año nuevas dimensiones, como pobreza, desigualdad de género, tecnología, etc., que buscan aproximarse a la calidad de vida de la población; sin embargo se enfrenta a la insuficiente información, especialmente en los países en desarrollo, además de que a través de indicadores generales se pretende medir el nivel de bienestar de culturas y sociedades sumamente diversas.

A pesar de que existen múltiples intentos por medir cuantitativamente la calidad de vida (Henderson *et al.*, 2000, entre los más recientes), éste es un concepto que se refiere fundamentalmente a la subjetividad de los individuos. Leff (1999) menciona que los “elementos que definen la calidad de vida no permiten generalizar las necesidades sociales... Es un proceso en el que diversas circunstancias inciden en un individuo y a su vez implica la apertura del deseo y las aspiraciones más allá de las necesidades básicas”; es decir, sólo el sujeto es capaz de determinar si su calidad de vida es buena o mala de acuerdo con sus acervos sociales de conocimiento, sus expec-

tativas sociales, culturales, políticas y económicas, así como sus experiencias y su interpretación del desarrollo de su vida cotidiana. Siguiendo a Leff (1999:274), "la calidad de vida como objetivo del desarrollo sustentable rompe los parámetros homogéneos del bienestar y abre la posibilidad de nuevos indicadores que articulan los costos del crecimiento con los valores culturales y los potenciales de la naturaleza". Sin embargo, la construcción de estos indicadores multicriteriales e interprocesuales, continúa el autor, se enfrenta a la incommensurabilidad de estos procesos (*ibid*). En consecuencia, no podemos pretender medir la calidad de vida en términos cuantitativos, y menos considerarla en estos términos como el componente esencial de la sustentabilidad del desarrollo.

Ante las dificultades de integrar las principales dimensiones a que hace referencia el concepto de desarrollo sustentable, tanto en los diagnósticos que persiguen los indicadores como en las políticas tendientes a no comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus necesidades, es indispensable superar la visión reduccionista que supone que la satisfacción de las necesidades materiales, de acuerdo con parámetros internacionales, es sinónimo del desarrollo de una sociedad y en consecuencia es el insumo básico para medir la sustentabilidad. En este supuesto radica, a mi juicio, una de las contradicciones fundamentales del concepto de desarrollo sustentable, pues impone una cosmovisión normativa hacia los diversos pueblos del mundo, caracterizados por múltiples cosmovisiones, ambientes, culturas y formas de satisfacer sus necesidades.

Hacia una propuesta de investigación

Con base en las propuestas vigentes para medir la sustentabilidad del desarrollo, se pueden registrar situaciones en las que el desarrollo más alto de una sociedad, medida en términos convencionales como los descritos, coincide con condiciones ambientales de franco deterioro. Es el caso de las grandes ciudades, principalmente de los países en desarrollo, en donde la concentración de las actividades económicas, políticas y culturales, así como de las mayores inversiones en infraestructura, reflejan los mayores índices de ingreso per cápita, escolaridad de la población y esperanza de vida, a la vez que esta misma concentración contribuye a la exacerbación del deterioro ambiental y otro tipo de problemas de calidad de vida no material de la población, como las dimensiones psicosociales y afectivas; incluidas la falta de seguridad, la falta de convivencia familiar y social.

Una posible vía para superar estas contradicciones y aproximarse a la relación entre los sujetos sociales y el medio ambiente, es a través de enfoques interpretativos que nos permitan conocer la manera en que la población identifica y jerarquiza sus necesidades (no sólo materiales), la forma en que las satisface cotidianamente, sus posibles efectos con el ambiente y sus transformaciones en el tiempo. Asimismo, estas aproximaciones representan una vía propicia para aprehender el significado que el medio ambiente tiene para diferentes grupos de la sociedad y su relación con su calidad de vida.

Los contextos idóneos para captar la diversidad y la complejidad de las relaciones entre la población y su ambiente son las grandes ciudades del mundo en desarrollo, dado que son un mosaico de situaciones demográficas, culturales, económicas, sociales, políticas y ambientales. La diversidad y complejidad de las relaciones entre la sociedad y el ambiente se encuentran mediadas, entre muchos otros factores, por sus vivencias cotidianas asociadas a su vez a las estrategias desarrolladas para satisfacer sus necesidades, a su percepción de la calidad de vida y del medio ambiente. Las transformaciones experimentadas en las últimas décadas en estos contextos urbanos, además, constituyen elementos valiosos para abordar la manera en que la población de distintos orígenes familiares, culturales, migratorios, económicos y sociales, atribuye significados distintos a sus prácticas cotidianas, así como sus transformaciones en el tiempo (Lindón, 1999).

La ciudad de México representa un sitio privilegiado para abordar la relación entre calidad de vida y significados del medio ambiente. La diversidad ecológica de la cuenca de México sobre la que se localiza, y su continuo deterioro, permite identificar distintas expresiones de la relación entre calidad de vida y medio ambiente, y sus significados respectivos. Además, representa el claro ejemplo de las contradicciones implícitas en los intentos por medir la sustentabilidad del desarrollo: a pesar de la degradación experimentada en los últimos siglos, los indicadores de desarrollo (especialmente el humano) la califican como la mejor ciudad del país (CONAPO, 2000).

Cabe recordar que una de las principales transformaciones que ha sufrido la cuenca como resultado de la expansión de la ciudad desde tiempos históricos, lo constituye la desaparición casi total del ecosistema lacustre, que modificó la relación de la población con su medio ambiente de manera radical a lo largo del tiempo. No obstante, existen aún algunos remanentes del ecosistema original en donde la satisfacción de las necesidades de la población sigue dependiendo de su medio natural, aunque pareciera que están destinados a desaparecer a corto o mediano plazo.

La diversidad de situaciones ambientales, así como de relaciones entre la población y su entorno natural, puede permitir aprehender la amplia gama de significados que los sujetos de diversos orígenes sociales, demográficos, culturales y económicos pueden atribuir al medio ambiente, a su relación con la calidad de vida y en última instancia a la sustentabilidad del desarrollo, interpretada por los propios sujetos.

Podríamos distinguir distintas situaciones en las que el eje lo constituiría la importancia del medio natural para la satisfacción de las necesidades básicas de la población: en un extremo del *continuum* podríamos identificar a los grupos de población que utilizan la productividad de los ecosistemas naturales (principalmente el lacustre) para su autoconsumo, hasta aquellos grupos, en el otro extremo, cuyas necesidades se satisfacen exclusivamente a través del mercado (la mayoría de la población de la ciudad).

La manera en que podría abordarse un objeto de estudio de esta naturaleza, debería partir de la selección de infor-

mantes clave entre los diversos grupos de población identificados. En la selección de los informantes deben considerarse, además, aspectos demográficos, socioeconómicos y culturales que permitan aprehender la especificidad de las múltiples dimensiones que intervienen en la construcción de los distintos significados.

Las técnicas que podrían aplicarse para tal fin incluyen las entrevistas biográficas, organización de grupos focales o de discusión y presupuestos de tiempo, principalmente, dada la utilidad que en conjunto brindan, al abordar las distintas dimensiones presentes en el concepto de desarrollo sustentable, desde la perspectiva de los sujetos inmersos en relaciones complejas con el medio ambiente urbano.

Conclusiones

A lo largo de este documento hemos tratado de demostrar la insuficiencia del concepto de desarrollo sustentable tanto para el desarrollo del conocimiento como para el diseño e implementación de políticas concretas; a pesar de ello, se ha convertido en el paradigma del desarrollo en este inicio de milenio. Principalmente la incertidumbre que rodea a todos los componentes del concepto nos advierte acerca de la precaución con que hay que tomarlo para cualquier fin de investigación o de diseño de políticas concretas.

Hemos visto cómo al centrarnos exclusivamente en la dimensión material del concepto, específicamente en su componente alimenticio, las estimaciones sobre la capacidad del planeta para garantizar la satisfacción de las necesidades de la población son tan diversas como los métodos, supuestos y escalas temporales y espaciales empleados por los autores que han intentado esta tarea.

Ante el carácter normativo del concepto de desarrollo sustentable, sin una base empírica confiable que pueda servir de referencia para las acciones que en distintos frentes se realicen para alcanzar la sustentabilidad del desarrollo, consideramos que la opción más viable para la investigación consiste en complementar los enfoques cuantitativos con aproximaciones interpretativas para abordar cómo es que los sujetos se relacionan con su medio ambiente en sus prácticas cotidianas, y tratar de explicar los sentidos y significados que atribuyen a su acción. Más que seguir en la línea propuesta por este concepto, de cómo debe ser el desarrollo, deseamos abordar a través de la investigación futura cómo es el desarrollo a través de la perspectiva de los sujetos en su vida cotidiana y los sentidos y significados que atribuyen a sus acciones en relación con el medio ambiente.

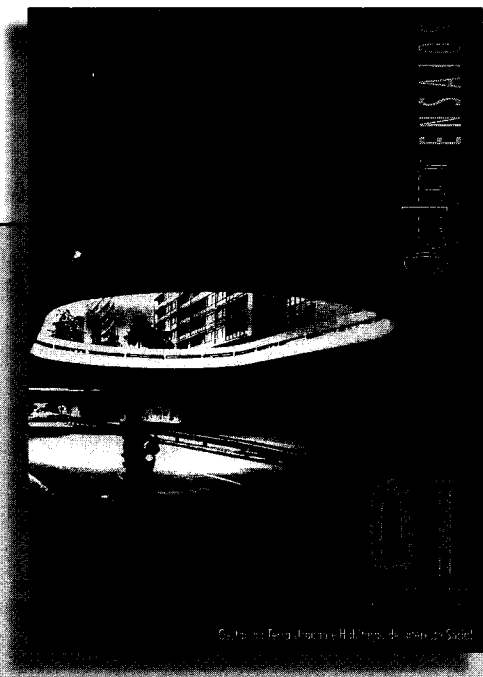
Bibliografía

- CONAPO, *La situación demográfica en México 2000*, México, CONAPO, 2000.
- HEILIG, Gerhard, *How many People can be fed on Earth?*, IIASA, WP 93-40, agosto de 1993.
- HENDERSON, Hazel, JON LICKERMAN y Patrice FLYNN (eds.), *Calvert-Henderson Quality of Life Indicators*, Calvert Group, Bethesda, MD.
- INEGI, *Indicadores de desarrollo sustentable en México*, Aguascalientes, 2000.

- LEFF, Enrique, "Calidad de vida y racionalidad ambiental", en *Saber ambiental*, México, Siglo XXI, 1999, pp. 269-275.
- LINDÓN, Alicia, *De la trama de la vida cotidiana. Los modos de vida urbana en Valle de Chalco*, México, El Colegio de México/El Colegio Mexiquense, 1999.
- MORELL, Virginia, "La variedad de la vida", en *Biodiversidad. La frágil red. National Geographic*, vol. 4, núm. 2, EEUU, Febrero, 1999.
- OCDE, *Towards Sustainable Development. Environmental Indicators*, París, OECD Publications, 1998.
- PALOMINO, Bertha y Gustavo LÓPEZ, "Reflexiones sobre la calidad de vida y el desarrollo", en *Región y Sociedad, Revista de El Colegio de Sonora*, vol. XI, núm. 17, 1999, pp. 171-185.
- ONU, *Proyecciones de Población 2050. Revisión 2000*, Nueva York, 2001.
- SMIL, Vaclav, "How Many People Can the Earth Feed?", en *Population and Development Review*, vol. 20, núm. 2, 1994, pp. 255-292.
- UNDP, *Human Development Report 1998*, <http://www.undp.org/hdro/HDI.html>, 1998.
- UNEP, *Global Environmental Outlook 2000*, Londres, Earthscan Publications Ltd., 2000.
- WCED (World Commission on Environment and Development), *Our Common Future*, Oxford University Press, 1987.

Notas

- 1 Las proyecciones más recientes de Naciones Unidas ubican a la población mundial del año 2050 entre 7 900 (variante baja) y 10 900 millones (variante alta) (ONU, 2001).
- 2 "Cortan recursos a planes de SEDESOL", *El Universal*, 1º de mayo de 2000, p. 20.



Óculum Ensaio Nº 12
Venta y suscripciones: Faculdade de Arquitetura e Urbanismo, PUC-Campinas, Rodovia Dom Pedro 1, Km 136, Campus 1, Parque das Universidades, Campinas, SP, 13086-900, Caixa Postal 317, Correo electrónico: ocensaio@puc-campinas.br